

Libertad

Viejo régimen

APUNTES

LA INCORPORACIÓN PROLETARIA

¿De dónde sale el dinero?

ELLAS

Semanario de todas las mujeres. Próxima publicación. Madrid.

Cada lector de LIBERTAD debe procurarnos CINCO SUSCRIPCIONES.

TODA la correspondencia al APARTADO núm. 41

Libertad.

Textos de Ramiro Ledesma Ramos

EL ESTATUTO. Es imposible la concordia

La unanimidad del pueblo español, rechazando el Estatuto catalán, debía merecer al Gobierno y a los partidos republicanos un respeto por lo menos tan pulcro como a otros se lo merecieron las elecciones revolucionarias de abril.

Pero son ciegos y sordos a la angustia de los españoles, que intuyen en los estatutos regionales la fatal balcanización de nuestra Patria. Es absurdo que no haya entre los sectores más ortodoxos del régimen quien recoja y lleve a la victoria esa emoción sagrada de unidad que hoy sacude a España entera. Ello indica cómo vivimos una existencia política artificiosa, improvisada y sin sangre, donde los clamores nacionales rebotan sobre los pétreos compromisos de la oligarquía triunfadora.

Si no estuviera en peligro el máximo valor de que disponemos los españoles, la existencia misma de la Patria, sería cosa de permanecer impasibles ante el crimen histórico que se proyecta, en espera tan sólo del minuto implacable de la justicia. Pero hay que sacrificar esos gratos momentos en que viéramos abatir la cabeza de los traidores, y evitar la consumación monstruosa de un desmoronamiento nacional irreparable.

A poca perspicacia política que se tenga, se advierten con gran precisión unas tremendas responsabilidades para el Gobierno provisional de la República. El problema catalán se agravó a partir del 14 de abril en proporciones terribles, debido a la ineptitud revolucionaria, a la falta de energía y de coraje revolucionario, de que dio muestras el Gobierno provisional. Le faltaron bríos para imponer a los núcleos insumisos de Cataluña el respeto a la autoridad y a la personalidad de la Patria, permitiendo que allí se incubasen organismos y propagandas oficiosas desmesuradas de Maciá y sus secuaces; el Gobierno provisional no contestaba con otro lenguaje que con el lenguaje cobarde de las promesas. A través de los meses, el Gobierno español alimentó a la fiera separatista con promesas, que hoy vemos eran letras giradas contra la integridad de la Patria.

Esa política errónea, traidoramente cobarde, ha chocado con esto: el pueblo español unánime contra el Estatuto. España parece gloriosamente decidida a no tolerar el Estatuto. Y planteada así la pugna, el manojo de cuestiones graves que surgen es de cristalina transparencia. Otros tres factores, el histerismo separatista de Cataluña, la ineptitud revolucionaria y la voluntad notoria del pueblo español de oponerse al Estatuto, originan que, planteado con urgencia el pleito, sean rotundamente imposibles las soluciones de concordia.

Porque hay más: España no puede ni siquiera plantearse la posibilidad de acceder pacíficamente a la separación de Cataluña. Esos que dicen “¡Que se vaya de una vez!” son la escoria de la raza. No se puede ir Cataluña porque Cataluña no es una voluntad nacional. Los catalanes no disponen de Cataluña, no pueden interpretar una soberanía de que Cataluña carece. Y España firmaría su sentencia de muerte como nación histórica si concediese a Cataluña el Estatuto separatista. A no ser como consecuencia de un combate.

Pues he aquí la realidad frente a la que algunos cierran los ojos: El problema catalanista ha sido tratado de modo tan desastroso durante los últimos meses que hoy no existe para él otra solución que la apelación radical a la violencia.

La República debe curarse esta llaga amenazadora proclamando con coraje jacobino la unidad e indivisibilidad de la Patria. Pues los núcleos separatistas de Cataluña son enemigos de la Patria y de la República. Ni aun en el caso de que el Estado se estructure en formas comarcales sirve para nada el catalanismo. Pues le informa un odio rencoroso a la integridad nacional, a España, cuyo nombre eluden, y perturbarían la cohesión y la

unidad.

No se olvide, por último, que España posee hoy formas políticas, de tipo demoliberal, que necesitan más que otras el que se vigoricen los resortes de unidad nacional. Pues son por naturaleza disolventes y flojas. Ya que se importó de Francia el gorro frigio, la marsellesa y la trilogía famosa de los derechos del hombre, ¿será mucho pedir a los afrancesados que importen también el amor a la Patria una, el coraje y el denuedo de los revolucionarios que dieron su sangre por la unidad e indivisibilidad de Francia?

Ramiro Ledesma Ramos

[*Libertad*, Valladolid, año II, nº 49, 16 – mayo – 1932, p. 1]

APUNTES. La incorporación proletaria

Es más notorio cada día el alejamiento que existe entre las masas obreras y las ortodoxias de la República. No tiene justificación fácil este descenso sino en el plano de la miopía y mediocridad de los grupos dirigentes. Pues aparece como la más rigurosa verdad política de nuestra época que sin la colaboración saña y alegre de una parte de las fuerzas obreras es imposible edificar ni estabilizar nada. Y mientras las ideas, los grupos y los partidos que hoy en España aspiran a suplantar en el Poder a la actual situación, no descubran el secreto de esa adhesión y colaboración se estrellarán igualmente sin remedio.

En política se puede y se debe volver la espalda a muchas cosas, pero nunca a la realidad. Y ese detalle que hemos afirmado es la dimensión más destacada de la realidad de nuestro tiempo. Así, pues, resulta muy extraño que existiendo hoy en España varios grupos políticos que desean conseguir la más alta eficacia posible en la gobernación del Estado no se planteen antes que ninguna otra cosa la necesidad de encontrar los cauces para una incorporación positiva de las masas obreras.

Las masas proletarias tienen casi toda la razón al solicitar reivindicaciones de tipo social y económico. En lo que no tienen ninguna razón es en las idea y en los sentimientos antinacionales sobre que basan la movilización de su poder. Es el gran juego y la gran traición del marxismo: introducir en el corazón de los obreros, a la par que una voluntad de justicia, un rencor y una negación de todos los valores morales e históricos que constituyen la tradición y el futuro de la Patria.

La reconquista de las masas hacia la fidelidad nacional, hacia un sentido de solidaridad nacional, tiene que coincidir con la rota decisiva del marxismo. Es la gran tarea realizada en Italia por el Estado fascista. Sólo después de desarticular y desmantelar las organizaciones del marxismo se consigue que desaparezca de las masas obreras esa voluntad derrotista de no intervenir en la forja gloriosa de los destinos nacionales. Pues la Patria es común a todos. El sentimiento nacional, la idea de la Patria, no pertenece a esta o aquella clase, a este o aquel sector sino a la comunidad unánime de los españoles. Y el marxismo, que niega la idea nacional, convierte a los patriotas en traidores.

No hay ligamento más eficaz para lograr la incorporación de los obreros que cultivar lo que en ellos hay de sentido nacional, de fidelidad honda a los supremos y comunes designios de la Patria. Y a la vez el compromiso de conseguir su efectiva liberación económica. Cualesquiera otra cosa que se intente será vana y conseguirá la rebeldía constante, la fuga constante de los obreros hacia la traición marxista.

Insisto en que sólo en el plano de lo “nacional”, en esa congoja común ante la Patria en ruinas, puede obtenerse la conciliación y la eficacia. El día en que se declare fuera de la ley toda propaganda marxista y se cultive entre las masas el sentido económico y “nacional” de los sindicatos, lo tendremos conseguido todo en España.

La idea nacional, el culto a la Patria, el afán fervoroso de engrandecer a la Patria, es decir, un nacionalismo ciego y hondo, es lo que permitirá que los españoles hagamos en esta hora de hecatombe algo eficaz y firme.

Por eso las JONS, entidad política que ya conocen los lectores de este periódico, intenta difundir entre las masas ese sentido *nacional* que hoy les falta. Nos informa la tesis de que muchas cosas podrán o no ser discutidas, por ejemplo la forma de gobierno, pero donde las críticas no deben tolerarse, donde es obligada la coacción implacable, es en el terreno que afecta a la permanencia, dignidad y grandeza de la Patria.

La bandera social de las *Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista* (JONS) consiste precisamente en difundir entre las masas un sindicalismo nacional, es decir, jerarquizado y al servido de los intereses nacionales. Nos interesa incorporar los esfuerzos de las masas obreras a las actividades de otros sectores de la producción, reconciliando las clases, unificando sus metas, haciendo imposible esa lucha de clases permanente que propugna el marxismo venenoso.

Nada puede y debe hacerse contra las masas obreras. Al contrario, hay que estimarlas y valorar su poderío. Las JONS esperan de ellas el impulso más eficaz para imponerse. Pero hay que ser implacables con el virus ideológico rencoroso que el marxismo ha sembrado. ¡¡Jóvenes camaradas de la JONS, alerta!!

Ramiro Ledesma Ramos

[Libertad, Valladolid, año II, nº 50, 23 – mayo - 1932, p. 1]

APUNTES. La eficacia revolucionaria

No comprendo cómo nadie puede pensar en sustituir y abatir la actual situación, sin oponer a la política macilenta y flaca de la República una política robusta, eficaz y grandiosa.

Mientras los grandes núcleos de oposición se entreguen al lloriqueo y al simple coraje de exhibir unos colores y unos símbolos no adelantará un paso la edificación de la Patria. Tendremos mucha razón al defender los ideales nacionales frente a los grupos masónico-marxistas, pero sólo comenzaremos a predominar sobre ellos, cuando dispongamos de unos propósitos *políticos* firmes y de una estrategia superior a la del enemigo.

Me temo que sólo la presencia de una nueva generación de españoles percibirá con toda claridad esas rutas. Ha de ser muy difícil para los hombres y los grupos que actuaron con la Monarquía, cuyo catastrófico fracaso nos ha conducido al predominio marxista que hoy padecemos, atalayar y precisar la orientación y la técnica de la reconquista.

Hay que ser joven, en efecto, como lo somos nosotros, los fundadores de las JONS, para combatir al marxismo y a las fuerzas disolventes de la Patria sin desdeñar el espíritu y la denominación de *revolucionarios*. Somos revolucionarios en cuanto creemos en la eficacia de los procedimientos de violencia y sentimos la necesidad de su aplicación. Tenemos la doctrina de que si el Estado se desentiende de la salvación de los intereses morales y materiales de la Patria, es lícita la acción directa del pueblo para suplir la debilidad o la mala fe de los Gobiernos.

Y si añadimos que la política nacional-sindicalista de las JONS es de tal naturaleza que no se puede confiar su triunfo a la farsa electoral de las democracias masónicas quedará justificada nuestra opción por las estrategias de carácter revolucionario.

Pero hay más: desde hace muchos años España vive un proceso revolucionario ininterrumpido. Quiere ello decir que han existido y existen núcleos políticos que intervenían en la pugna con actitud y ademanes revolucionarios, es decir, jugando con ventaja en el juego *normal* de la política. Ese proceso no está aún concluso, y sería absurdo quedar al margen de la eficacia que trae siempre consigo el disponer del ímpetu y del espíritu revolucionarios, recluyéndose en la pacifistería y en el candor.

Cuando la postguerra nubló a Italia de marxismo cruel y violento, cuando allí era inevitable la revolución comunista, la política normal, *arrevolucionaria* diríamos, de Giolitti y de Facta era totalmente innocua. Y sólo al realizarse la revolución —fijaos bien, ¡la revolución!— fascista desapareció la inquietud roja y se salvaron en Italia los ideales nacionales.

Política nacional y táctica de combate

Es, pues, urgente llevar a la conciencia de todos los españoles que no se identifiquen con la traición marxista o con la patraña boba del liberalismo burgués, estas dos cosas: *Primera*: Sólo es posible la victoria política, la prepotencia de la Patria frente a los ideales traidores, consiguiendo imponer con firmeza una solidaridad nacional en torno a los más hondos afanes del pueblo. Hay que confiar en el alma de la raza, entregándose con furia a la tarea de sacrificarlo todo en aras del resurgimiento de la Patria. Necesitamos, pues, descubrir los contornos de una política nacional de tal magnitud que pueda imponerse coactivamente, revolucionariamente, a todos los españoles. Una interpretación clara de nuestra historia, un conocimiento exacto de nuestras realidades económicas, una conciencia del gran peligro que se cierne sobre España si predominan y se consolidan las

banderas falsas que esgrime el enemigo.

Segunda: Descubierta esa posible política de gran porte; dueños, pues, de la verdad nacional; en posesión de la razón, de toda la razón, sabiendo y reconociéndolo con ímpetu, es cosa entonces que ya incluso afecta a nuestra dignidad de españoles, a nuestro compromiso de comportarnos en la historia con heroísmo y fidelidad (que a eso y no a otra cosa obliga el ser español) el conseguir la creación rápida de nuestro instrumento de combate. Ha llegado la hora en que es al hecho de ser español a lo que se precisa invocar. Y el de hombres modernos, de hoy, de nuestro siglo, es decir, antiliberales y violentos, antiburgueses y antiparlamentarios en toda la línea.

Hay, al parecer, grandes núcleos mal llamados de derechas que ahora que se hunde y fracasa en todo el mundo la política liberal no encuentran otra salvación que la de ser y hacerse liberales. Dios bendiga su candor. Mientras tanto, el enemigo sonríe, ser afirma y tiraniza. El hecho de que hoy resulte metafísicamente imposible gobernar bajo las normas liberales, no ha de ser a nosotros, los de las JONS, a quienes nos asuste ni entristezca.

La oligarquía triunfante, el conglomerado masónico-marxista, se ha hecho un peligro grave desde que ha aceptado nuestro lema antiliberal, y tributa culto a la coacción y a la violencia. Pero lo que en nosotros es servicio a la Patria, eficacia nacional, en ellos es reafirmación de lo intolerable y monstruoso.

Ramiro Ledesma Ramos

[Libertad, Valladolid, año II, nº 51, 30 - mayo - 1932, p. 8]

La nueva política. Táctica de las JON-S

Reconocida la necesidad de la revolución totalitaria, lo imprescindible de un triunfo sobre las tendencias disgregadoras de los partidos y sobre la barbarie roja, nos corresponde jalonar las etapas. Hoy las JONS tienen que preocuparse, en primer lugar, de conseguir la organización de grupos de choque, capaces de dar batalla violenta al marxismo y a los separatistas en los focos traidores donde acampan. Es nuestro primer problema, y eludirlo supone edificar en el vacío, equipararnos a esos "fascios" de aficionados que andan por ahí. El Partido, su futuro y las grandiosas metas españolas que nos orientan, dependen de que realicemos con éxito esa primera etapa. Sin ella, no hay JONS, ni habrá España, ni régimen corporativo, ni nada que merezca la pena ser vivido en la Península. Pues esos grupos, esas avanzadas del coraje español, serán la levadura para que todo el pueblo perciba la angustiosa verdad de España y se una decidido a nuestras tareas".

Las revoluciones no se hacen solas, sino que requieren y necesitan hombres de temple, hombres revolucionarios. Nuestros grupos tienen que poseer mística revolucionaria, es decir, creencia firme en la capacidad de construcción que sigue a las masas nacionales cuando éstas imponen y consiguen conquistar revolucionariamente a la Patria. Pues se conquista aquello que se estima y quiere. Y las JONS no tienen otra estimación y otra querencia que la de servir una línea de poderío y eficacia para España.

No hay romanticismo lírico en nuestra actitud. Es *que necesitamos y precisamos de la Patria para el desarrollo cotidiano de nuestro vivir de españoles*. Es que con una España débil, fraccionada y en pelea permanente consigo misma no hay en torno nuestro sino indignidad, vacío, ruina, injusticia y miseria.

Todo cuanto hay y existe en España adolece de esa infecundidad radical que consiste en estar desconectado de toda emoción y servicio al ser histórico de España. En plena anarquía antinacional o por lo menos indiferente a que las tareas nacionales, los fines comunes, o que da entraña y personalidad a la Patria, se realice o no.

Ahí están las regiones pidiendo estatutos. Los sindicatos de trabajadores contestando al egoísmo antinacional de los capitalistas con su exclusiva preocupación de clase. Los funcionarios pendientes del sueldo y de las vacaciones, etc., etc. Las JONS incorporan ante todo la consigna de nacionalizar esos grupos y esos esfuerzos que viven fuera de la disciplina española, en el vacío de una lucha y de una agresividad ciegas.

Y son los trabajadores, es decir, los sindicatos obreros, los que con mayor urgencia y premura tienen necesidad de que se vigorice y aparezca sobre la Península la realidad categórica de España. Suelen pedir ellos la nacionalización de ciertos servicios, de determinadas zonas de la producción, pero *nadie en su seno les ha planteado la imperiosidad de nacionalizar los mismos sindicatos,* es decir, de situar su lucha y su carácter en un plano nacional de servicio a España y a su economía. Bien se cuidan los dirigentes marxistas de que este objetivo no aparezca, pues les interesa el forcejeo diario y la ignorancia misma de que España existe y tiene la economía propia que no coincide ni es la economía privada de estos o de los otros capitalistas, sino la que sostiene y alienta su realidad como nación, la economía del pueblo, de la que depende estrictamente su bienestar y su trabajo.

Ramiro Ledesma Ramos

[*Libertad*, Valladolid, año III, nº 68, 18 – diciembre – 1933, p. 1]

La burguesía española y la revolución socialista

Todas las revoluciones, y sobre todo las que aspiran a modificar los fundamentos mismos de la sociedad vigente, tienen dos objetivos claros e inmediatos que condicionan su triunfo. Uno consiste en aniquilar, desarticular y reducir a polvo aquel Estado y aquellas instituciones que combaten. Otro es sustituirles en el poder, ser el Gobierno revolucionario quien se encargue de ordenar y dirigir el nuevo régimen que nace al quedar desmoronado el antiguo.

Pues bien; cada día es más evidente la sospecha de que la revolución marxista ha triunfado en uno de esos dos objetivos, es decir, ha conseguido reducir a la impotencia histórica al Estado liberal-burgués que regía en España antes de octubre. Y es de tan grave importancia señalar esto, que de un lado explica los hechos vergonzosos acontecidos con posterioridad a la revolución, y de otro aclara y señala cuál va a ser y tiene que ser la ruta combativa de los españoles.

Ahí está la incapacidad absoluta del Gobierno Lerroux-Gil Robles para obtener de la revolución fracasada las consecuencias históricas que una situación política de carácter nacional y responsable deduciría con rapidez. Se mueven esos grupos radical-cedistas en la órbita de las ideas y las instituciones agujereadas por el plomo rojo de octubre, y son ya sus propios jefes residuos inaptos para las grandes tareas históricas que hoy gravitan sobre España.

Nos encontramos, pues, con que la revolución no ha sido vencida por las organizaciones políticas burguesas que se alzan con el triunfo, y sólo a medias por el Gobierno de ellas emanado.

Han sido otras fuerzas, un espíritu y un coraje diferente, quienes obtuvieron de sí mismas el impulso primario, simple y heroico que aseguró la victoria de España.

Terminada la pelea, esas fuerzas triunfadoras, ese espíritu español a quien se debe la victoria, han abandonado lógicamente el puesto de las decisiones supremas que ocupó durante una semana. Y en su lugar, ahí está, aparece de nuevo el equipo burgués radical-cedista, dando cara a los problemas, a las dificultades y a las angustias de la catástrofe. Pero ya hemos expuesto nuestra sospecha de invalidez ante unas instituciones arrasadas por la revolución socialista que además de la metralla y la dinamita largó contra el Estado y el Gobierno que lo representa un ataque de más difícil defensa: el de obligarle a hacer frente a las consecuencias de la revolución, a poner a prueba su energía, y desde luego sus ejecutorias para el ejercicio del poder en esta hora de España.

Y ahí están en procesión imponente, aplastando las posibilidades chatas de que dispone el equipo Lerroux-Gil Robles, esas tres magnas exigencias del momento histórico que vivimos:

Justicia implacable para la traición. Integridad de la Patria y reconstrucción de la unidad del Estado. La unidad social de España, es decir, la convivencia de las gentes que trabajan y producen en las ciudades y en los campos de España.

A la vista de esas tres grandes e ingentes tareas, nos damos cuenta de cómo es imposible que las aborde y resuelva un Estado liberal-burgués cualquiera. Máxime si se trata de un Estado que a más de esa característica liberal-burguesa tiene esta otra de haber salido renqueante y malherido de una revolución marxista-separatista hecha contra él.

Y en efecto, ya está ahí la justicia, esa consigna implacable que todos los pechos españoles albergaron en octubre a la vista de la traición y de la barbarie. Resulta que la

más grave culpa observada en una traición como la de la Generalidad y una insurrección marxista como la de Asturias, es la vinculada en un atracador de Gijón. Se ha indultado a militares que se rebelaron no contra este o aquel Gobierno, sino contra España, produciendo bajas en las filas de quienes se mantenían fieles a la Patria en el peligro. ¿Y quién indulta a esos héroes, a esos soldados de España, caídos en la lucha contra la traición?

Parece cada día más claro que sólo nosotros, los que nos agrupamos bajo la bandera nacionalsindicalista de la Falange Española de las J.O.N.-S., podemos superar las limitaciones burguesas de que adolecen, los actuales grupos gobernantes. Sólo nosotros luchamos hoy porque se extraigan de los acontecimientos de octubre las consecuencias últimas que España precisa para subsistir en la historia. Para ello, y una ves convencidos, como ya lo estamos, de que los grupos radical-cedistas se esfuerzan en amputar del futuro de España esas posibilidades grandiosas que hoy se ofrecen, tratando de conseguir que burguesa, cínica y traidoramente se conformen los españoles con triunfos fantasmales, nosotros nos veremos obligados a engarzar los objetivos revolucionarios en el mismo punto en que los dejó la insurrección marxista.

Tenemos derecho a exigir a la burguesía española que luche por conseguir triunfos nacionales, arraigados y permanentes, y no triunfos de clase, injustos y además de fugaz vigencia. Gil Robles-Lerroux podrán garantizar a la España burguesa la misa de once los domingos, el fútbol placentero por la tarde y la vida cómoda y sin sobresaltos. Nosotros no nos conformaremos ni toleraremos que esos sean los trofeos de una batalla como la de octubre.

Y presentamos nuestras exigencias, las grandes metas nacionales cuyo logro permita, por lo menos recordar casi con alegría y desde luego sin remordimiento los millares de vidas leales inmoladas a la grandeza y a la fortaleza de España.

[Libertad, Valladolid, año IV, nº 100, 12 - noviembre- 1934, p.1.]